

## De Cateau-Cambrésis a Amsterdam

*Juan Velarde Fuertes*

---

Arbor CLXI, 633 (Septiembre 1998), 7-22 pp.

*En este ensayo se comparan el Tratado de Cateau-Cambrésis y el de Amsterdam. El primero, uno de los más importantes que se hayan hecho en la Historia de Europa, abrió enormes esperanzas de tranquilidad y estabilidad en Europa. El de Amsterdam, es un hito, acaso no el final, de un largo camino de pactos intereuropeos que propugnaban la paz continental. Es, a su vez, la culminación de esfuerzos particulares y sectoriales. No obstante lo logrado, Europa no debe bajar la guardia: lo de Cateau-Cambrésis no fue más que una efímera tregua en el entramado de las disputas europeas.*

---

### **Un idéntico empeño**

No hay muchas leguas entre el castillo de la aldea de Cateau-Cambrésis y Maastricht o Amsterdam. En 1559 se intentó crear un nuevo panorama europeo. En 1991, en Maastricht y en 1997, en Amsterdam se buscó, asimismo, que surgiese una nueva situación en Europa.

En ambas ocasiones la realidad sobre la que trabajaron los plenipotenciarios era muy diferente. Pero únicamente de modo aparente. En 1839 escribía Donoso Cortés <sup>1</sup>: «Una cuestión de soberanía no puede resolverse sino por medio de la guerra; por eso la guerra es el remedio universal de las asociaciones humanas. Por lo demás, la palabra guerra, tomada aquí en su acepción filosófica, está tomada aquí en un sentido

más lato. Con esta palabra no quiero significar solamente la lucha entre las fuerzas físicas, sino también entre las fuerzas morales, intelectuales e industriales de las naciones. Hay cierta época en la Historia en que la soberanía corresponde al pueblo más fuerte; en esa época la cuestión de la soberanía se decide por la guerra entre los ejércitos y en los campos de batalla. Hay otra en que la soberanía corresponde al pueblo más civilizado; en esa época la cuestión de la soberanía se decide por la guerra entre las varias civilizaciones del mundo. Hay otra, en fin, en que la soberanía corresponde al pueblo más industrial; en esa época la cuestión de la soberanía se decide por medio de la guerra entre las industrias rivales».

Si eliminamos lo de la pugna entre civilizaciones, que nos llevaría muy lejos y, probablemente, no nos aclararía nada, lo cierto es que la soberanía, siguiendo la falsilla de Donoso, se determinaba en el siglo XVI por los resultados diplomáticos que seguían a las confrontaciones bélicas. En la actualidad, estas situaciones, y lo vemos en el rosario que va del Tratado de Roma de 1957 al Acta Única Europea de 1986, al Tratado de Maastricht de 1991 y al Tratado de Amsterdam de 1997, se originan a causa de las necesidades y las tensiones que surgen derivadas de las confrontaciones que se producen en estos momentos en el terreno del tráfico de bienes. Éste, sobre todo, se encuentra centrado en la industria, pues la agricultura se nos ha convertido en un subsector de la industria agroalimentaria. Por otro lado, gran parte de los servicios —financieros, comerciales, de transportes, profesionales— son un simple acompañamiento de la actividad industrial. Además, en estos momentos de finales del siglo XX, en el ámbito de los pueblos más ricos, después de los fracasos experimentados por las soluciones dadas tanto por la guerra francoprusiana de 1870, como por las I y II Guerras Mundiales, se adoptó la línea recomendada por Jean Monnet, calurosamente defendida por tres hombres de frontera, de ideología democristiana los tres —Schuman, de Gasperi y Adenauer— además de un socialdemócrata —Spaak—, de crear una realidad competitiva que, al par, originase, al ser más amplio el mercado, un bienestar material creciente para todos. Esto es; la raíz es mantener con fuerza la competencia en el mercado interior, que se amplía por encima de las viejas fronteras nacionales y ese competitivo y amplio mercado pasa a chocar, dentro de una globalización creciente, con los del resto del mundo, encabezados, sobre todo, por los Estados Unidos, sin olvidar sus ampliaciones con el Tratado de Libre Comercio o TLC, y por Japón, con su cortejo complementario de *dragones* amarillos del borde oriental de Asia —incluyendo entre ellos, uno, al mismo tiempo enorme y ham-



briente, China— y de *tigres* de razas malaya y china, del sureste asiático.

No quiere esto decir, ni mucho menos, que las cuestiones económicas no existiesen en todo tiempo como impulsoras de la búsqueda de la paz y, por consiguiente, como preludio del acuerdo de Cateau-Cambrésis. En este sentido, en el no siempre convincente y, por otro lado, extraordinariamente reiterativo, estudio del P. Luis Fernández y Fernández de Retana, *España en tiempo de Felipe II*<sup>2</sup>, pero que en la cita que sigue no marra en absoluto, se lee: «Los gastos de la guerra eran enormes y no se podían soportar, pues un ejército como el del Rey Católico suponía según Cabrera<sup>3</sup>, un gasto de 200.000 escudos de oro al mes. El propio rey escribía a Granvela que si no hacía la paz, estaba a punto de perderse por falta de fondos; y Granvela decía que el rey no tenía un real; que se debía a los mercenarios alemanes más de un millón de ducados, y se iba a ver el rey con el mayor apuro. Los banqueros de Amberes ya no fiaban, y los de Sevilla no querían soltar las barras de oro<sup>4</sup> que venían de América, para crédito de sus préstamos, por lo que escribía Carlos V a su hija Juana la Gobernadora, que los mandase cargar de cadenas y los encerrase en Simancas para escarmiento». Las mismas, o mayores penurias existían del lado francés. Pero lo que sí se debe recalcar es que, para seguir el léxico muy adecuado de Donoso Cortés, las cuestiones de soberanía se debatían, sobre todo en los campos de batalla y en los acuerdos diplomáticos.

En cambio ahora es evidente que existen focos bélicos o prebélicos en los Balcanes, en el Oriente Medio, en el Norte de Africa, en los linderos de Rusia, sobre todo desde Azerbaijón, Georgia y Armenia hasta Kazajistán, pero eso es periferia. El problema central de la economía en estos momentos reside en las ventajas derivadas de grandes mercados, porque nada se puede lograr en relación con el progreso de los pueblos sin que estos tengan gran amplitud, como intuyó Adam Smith en su *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*<sup>5</sup>: «Gracias al (comercio exterior)..., la pequeñez del mercado interior no impide que la división del trabajo se lleve hasta su máxima perfección en ninguna rama artesana o industrial. Al abrir mercado más extenso a todos los productos de su trabajo, que sobrepasan el consumo interior, estimula a ese trabajo a mejorar su capacidad productiva y aumentar hasta el máximo su producción anual, incrementando así los ingresos y la riqueza reales de la sociedad. El comercio exterior trabaja continuamente en llenar esos servicios tan grandes y tan importantes con los distintos países entre los cuales se practica. Todos ellos se benefician en alto grado».



Por supuesto que si no se sabe competir en estos amplios mercados, una economía nacional está perdida. Pero si intenta cerrar los mercados internos a la competencia extranjera, se ve colocada en una difícil situación de condena por las demás potencias, sobre todo tras el Acuerdo de Marraquech que provocó la creación de la Organización Mundial de Comercio<sup>6</sup>. En el fondo, lo que se ha intentado poner en marcha en el ámbito comunitario, con su culminación en Maastricht y Amsterdam, es la creación de un nuevo ámbito europeo, con pérdidas importantes de soberanía nacionales en favor de la comunitaria, con el fin de lograr la eficacia demandada por Smith, al tener así una fortaleza gigantesca en las posiciones que se plantean en la Organización Mundial de Comercio, al par que conseguir una mayor capacidad competitiva, porque, de acuerdo con Allyn Young<sup>7</sup>, «una vez aparecido, el capitalismo industrial mostró que tenía dentro de sí las semillas de su propio crecimiento. Bienes más baratos, mejores medios de comunicación y las ventajas cada vez mayores de la especialización, condujeron a mercados más amplios, de modo tal que las economías del capitalismo industrial crecieron de modo acumulativo. El que la división del trabajo se incrementase, al poder romperse procesos industriales complejos en parte más simples, no sólo invitaba a un mayor empleo de instrumentos, sino que impulsó a la invención de nuevos tipos de los mismos».

Myrdal, con antecedentes en Wicksell, por otra parte, nos expuso de qué modo, cuando se atina a introducirse un país en este *círculo virtuoso*, se producen las consecuencias favorables que llevan a las *situaciones Norte*, o de prosperidad, y se huye de las *Sur*, o de pobreza, dentro de mecanismos de *causación acumulativa*<sup>8</sup>.

Hubo, pues, un empeño idéntico: el de articular Europa, tanto en Cateau-Cambrésis como en esa *escala de Jacob* que va del Tratado de Roma al de Amsterdam, pero las circunstancias —el que la pérdida de soberanía tenía un sentido diferente cuando comenzaba la Edad Moderna al que presenta al culminar el segundo siglo de la Revolución Industrial—, motivan que tales acuerdos se hagan ya no desde perspectivas bélicas, sino desde la competitividad económica.

### **Lo que se intentó en Cateau-Cambrésis**

Probablemente sería mejor dejar ahí mismo las cosas, si no existiese la tentación de encontrar antecedentes históricos europeos a los actuales despliegues comunitarios. Para ello conviene no olvidar que un elemento



fundamental de los desequilibrios europeos desde finales del siglo XV fueron las tensiones entre los Trastámaras, que pronto se funden con los Habsburgo, y Francia.

El final de esta tensión le correspondió a Felipe II. Para ello, tuvo en primer lugar, que quebrar las maniobras del rey francés Enrique II quien estaba en guerra contra España por la parte de Flandes e intentaba, con ayuda del papa Pablo IV, restablecer el dominio galo en Italia, que Aragón primero, los Trastámaras después con las campañas del Gran Capitán, y finalmente Carlos V, le habían arrebatado, al privar a Francia de los puntos claves, por un lado, de Nápoles y Sicilia y, por otro, de los estados de Milán. Así se explica que en 1556 estallase el conflicto, provocado por el tratado entre Pablo IV y Enrique II, firmado el 15 de diciembre de 1555. Tras la tregua impuesta en el Tratado de Vaucelles entre los Habsburgo y Francia en 1556, el duque de Alba destroza al Papa. En un año el dominio español en la Península italiana quedó definitivamente asentado.

En el norte, la boda de Felipe II con María Tudor, produjo una alianza con Inglaterra. Reanudadas las hostilidades con Francia, en San Quintín (verano de 1557), primero y después, en Gravelinas (verano de 1558), se aplastó a los franceses, quienes, entretanto, con el duque de Guisa, se habían apoderado de Calais. Así fue posible, tras un armisticio, comenzar a discutir la paz.

Siempre, en estas situaciones, existen algunas personas esenciales, claves. En Cateau-Cambrésis fueron, el gran negociador por el lado español, Antonio Perrenot de Granvela y, además, con tomas de posición decisivas, la duquesa de Lorena, Cristina, hija de Isabel de Austria, quien era una Habsburgo-Trastámara, como hermana de Carlos V, que se había casado con Cristián II de Dinamarca. Granvela decía que de ella estaba enamorado platónicamente su primo, Felipe II.

Todo esto acabó por anudar unas negociaciones que, en principio, parecían muy difíciles. Sobre todo porque entre ingleses y franceses se alzaba Calais, el resto que quedaba de la Guerra de los Cien Años. Como dice Kamen<sup>9</sup>, al conseguirse, al fin, un acuerdo, que fue firmado el 3 de abril de 1559, se estableció con firmeza «uno de los tratados decisivos en la historia occidental». Satisfizo a Francia, que conservó Calais y tres fortalezas claves en el territorio del Rin. Fortaleció inmensurablemente a España, que ratificó su dominio en Italia. Al duque de Saboya —aliado de España— se le restituyó su ducado y recibió en matrimonio la mano de Margarita, hermana del rey de Francia. La paz volvió a Europa. La enemistad entre los Valois de Francia y los Habsburgo, fue enterrada. La amistad de Francia y España se



selló con el consentimiento de Felipe para contraer matrimonio con Isabel Valois, la hija mayor de Enrique II y Catalina de Médicis.

Pronto todo estuvo amenazado. El catálogo es muy amplio: las complicaciones del Mediterráneo, con una fuerte reacción turca y de sus aliados musulmanes; la actitud insolidaria que, a pesar de todos los esfuerzos de Felipe II, mostró Isabel I de Inglaterra; los problemas religiosos, que se complicaban día tras día; el nacionalismo creciente francés, que toleraba mal el cerco efectivo que los Habsburgo habían puesto al reino vecino; finalmente, lo último, pero no precisamente lo menos importante, era la pésima situación financiera española, que tenía que regir una situación muy complicada con un considerable déficit de su sector público, al que con dificultad acallaban las irregulares llegadas de la plata americana. El orden implantado a partir de Cateau-Cambrésis tenía cimientos muy débiles y pronto se derrumbó.

Lo sucedido después es bien conocido. El intento de Westfalia no puede impedir la gran pugna en el siglo XVIII entre el bloque hispanofrancés con los británicos en todo el mundo y con los austriacos en Europa. El siglo XIX lleva en su seno, desde sus primeros pasos, la herencia del romanticismo, con su secuela del nacionalismo y los mil conflictos y alianzas que se hacen y deshacen, hasta provocar tres estallidos formidables, el de 1870, el de 1914 y el de 1939. Fue el tratar de salir de este tremedal, por el lado de la economía, mientras la Guerra Fría y los conflictos con los países árabes se convertían en un accidente desde sus periferias, lo que produjo un cambio radical en Europa <sup>10</sup>.

### **Hacia el Tratado de Maastricht y el de Amsterdam**

Tras la II Guerra Mundial, aparentemente existían tres grandes potencias vencedoras: Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña. Se toleró que otras dos, Francia y China, se alineasen con las anteriores, pero las convulsiones, destrucciones y confusiones políticas de ambas, las condenaban a un puesto secundario. Los acuerdos de Yalta aclararon de modo nítido las esferas de influencia de los tres grandes. Pero, de pronto, casi a renglón seguido del final de la contienda, apareció un nuevo conflicto. Va a llamarse Guerra Fría.

Comenzaría por un choque muy violento en una zona muy delicada del Mediterráneo oriental. Los guerrilleros kapetanios en la península helénica, con un firme apoyo en el bloque eslavo que amparaba la Unión Soviética, estaban a punto de conquistar el poder en Grecia para la ideología comunista. Pertenece este país a la zona británica



de influencia. Las condiciones materiales del Reino Unido eran, entonces, pavorosas. Había quedado deshecha su vieja situación económica, que había sido central en el mundo. Si pretendía jugar a gran potencia e iniciaba un choque armado con la Unión Soviética, condenaba al hambre a la población de la isla.

Por eso fue históricamente muy importante que Estados Unidos se mostrase dispuesto a recoger el guante soviético. Quedó esto claro en el famoso artículo de George Keenan, firmado con una X, y aparecido en «Foreign Affairs». El consejo de Keenan predeterminó que Estados Unidos, de modo inmediato, con la seguridad que además le daba el monopolio del armamento nuclear, aceptase el inicio de la Guerra Fría.

El 5 de junio de 1947, el Secretario de Estado, general Marshall, hizo explícito su punto de vista al recibir un doctorado «Honoris Causa» por la Universidad de Harvard. Sus palabras fueron clarísimas: «La verdad de la cuestión es que las necesidades de Europa para los tres o cuatro próximos años son mucho mayores que su actual capacidad de pago; por ello, u obtiene una ayuda adicional sustancial, o habrá de enfrentarse con un deterioro económico, social y político de caracteres muy graves».

Véase que se habla de Europa, no de nuestros aliados europeos, o de cualquier otra expresión que indique que la ayuda va a prestarse a las naciones de nuestro continente, de manera individual para cada una. Las autoridades norteamericanas, enviaban así, con los dólares de la Ayuda Marshall un mensaje a Europa. Para su reconstrucción debería, en primer lugar, enterrarse el hacha de guerra en el ámbito continental de modo definitivo. En segundo término, el mensaje norteamericano indicaba que los europeos deberían aprender de los propios Estados Unidos. Una frase de Sidney Dell señala cómo el auge de las ideas favorables a mercados comunes tiene su raíz en el éxito de esta nación: «La experiencia norteamericana demuestra claramente cuáles son las ventajas de una gran economía integrada al explotar al máximo los beneficios de la producción en masa y al beneficiarse de la especialización». En España, Ramón Tamames expone lo mismo sintetizando así un argumento de José Luis Sampedro, a partir de la hipótesis, que hubiera sido posible, de que la historia de las trece colonias hubiese desembocado en la existencia de nueve Estados separados: «Las ventajas que la Unión Federal ha originado en todos los campos, desde el económico al militar, habrían faltado por completo en la totalidad de los nueve Estados “desunidos”».

Así se explica que el Plan Marshall, desde el principio, se dirigiese a toda Europa, surgiendo instituciones de coordinación y colaboración



intereuropea desde sus primeros pasos. El 12 de julio de 1947, pocos días después del discurso de la Universidad de Harvard, ya estaba en marcha el Comité Europeo de Cooperación Económica (CECE) para colaborar en el inicio de la ayuda. Ésta comenzó oficialmente el 3 de abril de 1948. El 16 de abril de 1948, sobre la base del CECE, surge la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), que dedicará sus esfuerzos, de manera primordial a la administración conjunta de esta ayuda norteamericana.

La tensión de la Guerra Fría se acelera. En febrero de 1948 había tenido lugar el llamado «golpe de Praga», que convertiría a Checoslovaquia en satélite de la Unión Soviética, como respuesta al intento de su gobierno de pertenecer al CECE y recibir la Ayuda Marshall. Era preciso acelerar la expansión económica de la Europa occidental como parte de la reacción de la OTAN. La solución se ve en el impulso hacia la unidad europea. Jean Monnet hablará de cómo esta ayuda norteamericana fue esencial para la unificación europea: «El apoyo norteamericano para la unión de Europa jamás ha disminuido. Puedo testimoniar aquí mi propia experiencia de que este apoyo ha sido del más grande valor en la acción que nos ha conducido al punto a que hemos llegado en la unificación de Europa. Por primera vez en la Historia, el país más poderoso del mundo ha ayudado a otros a unirse, en lugar de seguir la vieja máxima de “divide y vencerás”».

Todo esto explica por qué los Estados Unidos, a través de Hoffman, el jefe de la Economic Cooperation Administration (ECA), la agencia federal para administrar en la parte norteamericana la Ayuda Marshall, declararía ante la OECE el 31 de octubre de 1949, que Europa habría de «equilibrar sus necesidades y recursos en dólares, lo que quiere decir aumento de las exportaciones y control de la inflación. Pero el cumplimiento de esta tarea no será significativo a menos que se cumpla (el objetivo de) la construcción de una economía expansiva en Europa occidental, mediante la integración económica. En sustancia, esa integración sería la formación de un único y gran mercado dentro del cual desaparecerían las restricciones cuantitativas a la circulación de mercancías y las barreras monetarias a los pagos; y eventualmente, los aranceles podrían ser suprimidos para siempre».

### **Europa protagonista**

Europa acepta este reto —eliminar rencillas internas y unificarse económicamente— mientras suelda todo lo posible su alianza con los



Estados Unidos. Los pasos iniciales se dirigieron en la línea de seguir el mandato de la unificación económica por el camino sectorial, como consecuencia de la propuesta Schuman, en abril de 1950, para constituir un mercado común del carbón y del acero —los bienes estratégicos que habían puesto, desde 1870, en peligro la paz en Europa—, con libre circulación de las personas y capitales relacionados con el sector. Seis países —los tres del Benelux, Alemania, Francia e Italia— dieron el paso al frente, con el Acuerdo de París de 1951, y así la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), comenzó a actuar el 25 de julio de 1952.

Parecía, ante el éxito de la CECA, que la unificación iba a seguir el camino sectorial. Pero pronto los intentos en el terreno de la agricultura, en el de los transportes, en el de la energía y en el de la energía nuclear, fracasan. Es el momento en que la Comisión Spaak creada por la Conferencia de Mesina, en junio de 1955, decide procurar avanzar hacia la unificación económica por parte de las naciones europeas que aceptasen ese sendero. Como indica el profesor Tamames «la importancia de este Informe Spaak —concluido en abril de 1956— en la ulterior conformación de la CEE, difícilmente puede ser sobrevalorada».

Como acierta a señalar el profesor López Cuesta, poco a poco Europa tomó conciencia de que si no seguía el camino de la unificación económica tenía un muy oscuro porvenir político. En julio de 1956, a causa de la nacionalización por Egipto del Canal de Suez, se produce, en alianza con Israel, una brillante acción militar francobritánica, coronada victoriosamente. Esta sería advertencia a los eufóricos nacionalismos árabes, que podían causar importantes problemas en el Mediterráneo y el Oriente Medio, tras la independencia de Marruecos y la intensificación de la lucha en Argel a partir de los sucesos del día de Todos los Santos de 1954, fue reducida a la nada, por una especie de pacto entre Washington y Moscú que impuso una humillante retirada a las fuerzas francobritánicas. Europa sólo podría ser fuerte, y resolver de modo adecuado sus problemas, con una sólida economía.

Únicamente seis países se atreven a caminar por este doble sendero: Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Son los que así ponen las bases, con el Tratado de Roma de 25 de marzo de 1957, de una nueva gran potencia económica. Gran Bretaña, que había abandonado la Comisión Spaak, iniciará, a poco, lo que intentó que fuese una alternativa a las Comunidades creadas por el Tratado de Roma, que culminará con la creación, por el Convenio de Estocolmo, en 1960, de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA). Fue



un paso en falso. El 31 de julio de 1961, Gran Bretaña decide abandonar el marco de la EFTA y aceptar el reto comunitario.

A partir de ahí la marcha hacia la formación de una colosal potencia económica pareció incontenible. Tras la luz verde dada por Pompidou, el 22 de enero de 1972, Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca se integrarán en el ámbito comunitario. Noruega, a causa de un referéndum, abandona el intento tras estar admitida. Se inicia así el desmantelamiento de la EFTA, que más adelante firmará la constitución de un Espacio Económico Europeo (EEE) con la Comunidad Europea, y tres de cuyos miembros principales —Austria, Finlandia y Suecia— pasarán después al ámbito comunitario. Al margen sólo permanecen, de los miembros importantes de la Asociación, Noruega y Suiza.

Tras una serie de Acuerdos Preferenciales, la CE comienza su marcha hacia el Mediterráneo. Primero Grecia, y en 1986 España y Portugal, pasarán a constituir esta vertiente meridional de la Comunidad.

Simultáneamente, gracias a la política de los Acuerdos Preferenciales, salvo Libia, Albania y algunos países derivados de la pulverización de Yugoslavia, todos los países del Mediterráneo pasan a tener lazos económicos muy especiales con la actual Unión Europea. Además, tras la Convención de Arusha, firmada en 1965 por la CEE y los miembros de la Comunidad Económica de África Oriental —Kenia, Uganda y Tanzania—, y después, con los Convenios de Yaundé, se abre la puerta, a través de los sucesivos Acuerdos de Lomé, para tejer una serie de lazos entre países, casi todos de reciente independencia, y las antiguas metrópolis, enmarcadas en la situación comunitaria. Han aparecido los llamados países ACP, o de África, Caribe y Pacífico. Ahora mismo ésa es la puerta a la que llama con angustia Cuba. Pero además se comienzan a explorar las ventajas de un acuerdo especial con Mercosur, lo que significaría, de algún modo, restablecer los lazos tradicionales entre Europa y Sudamérica que se habían roto tras la liquidación del Tratado Roca-Runciman.

Finalmente, desde 1989 y la caída del Muro de Berlín, la Comunidad Europea, aparte de englobar en su seno a los Länder orientales, ha comenzado a atender con especial atención a los países de la Europa Central y Oriental (PECOs). Ha aparecido así una nueva línea de expansión que, de algún modo continúa la «Drang nach Osten» tan cara a los alemanes, que así heredan el viejo lema de la Orden Teutónica.

En ese ámbito las instituciones para la apertura y la integración de los mercados, fueron consolidadas y ampliadas, primero por el Acta Unica Europea, de 1986 y, más adelante, por el Tratado de Maastricht,



de 1992. Fue así posible que pasase a existir un gigantesco mercado sin barreras, en todo el ámbito de los actuales quince miembros, a partir del 1 de enero de 1993. Ante terceros países, la Tarifa Exterior Común, en lo industrial, era, como media, notablemente liviana. Cuando, tras el acuerdo de Marrakech, echa a andar, como consecuencia de la Ronda Uruguay del GATT, la Organización Mundial de Comercio (OMC), no existen problemas especiales planteados por el mundo industrial europeo. Pero este talante librecambista no existe en otro ámbito, el de la Política Agrícola Común (PAC). Desde el Tratado de Roma, se había decidido que la producción rural europea ocupase un puesto central, que en el fondo servía también como un mecanismo compensador en favor, sobre todo de Francia, para que el auge industrial de Alemania no fuese, comparativamente, tan fuerte. Todo comenzó a articularse a partir de la Conferencia de Stressa —a principios de julio de 1958— en la mencionada PAC, bajo, como señala Jaime Lamo de Espinosa, tres grandes principios: el de la unidad de mercado; el de preferencia comunitaria —«el mercado interior agrario debe ser abastecido preferentemente por los agricultores y ganaderos comunitarios»—; finalmente, el de la solidaridad financiera, materializada en el FEOGA.

La incorporación de nuevos miembros y las expectativas de ulteriores ampliaciones, dentro del marco de restricciones del gasto público exteriorizadas en el Tratado de Maastricht, así como de la apertura del mercado agrario europeo como resultado de las presiones de la OMC y, posiblemente, como fruto de la Ronda Singapur, perturban la marcha tradicional que se sesga en favor de la agricultura continental —sobre todo, herbáceos, carne de vacuno y leche— y en demérito de la agricultura mediterránea, con lo que se ha provocado lo que Loyola de Palacio denunció como «renacionalización de la PAC», en la reunión extraordinaria del Consejo de Ministros de Agricultura celebrada en Bruselas el 31 de marzo de 1998.

### **Hacia la unificación monetaria**

Los seis grandes países fundadores del Mercado Común tenían, desde los momentos iniciales del mismo, una triple exigencia en su política económica: crecer con rapidez, mantener los precios estables y lograr equilibrios «razonables» en sus balanzas con el exterior. De momento no se intentó ninguna colaboración permanente en el terreno financiero. Sin embargo, pronto se observó que era preciso, para pasar



de un rápido proceso de desarrollo con estabilidad, no descuidar el sistema de cambios. La añoranza de unas relaciones comerciales internacionales basadas en cotizaciones fijas entre las monedas era muy fuerte en el ámbito occidental. Todos recordaban la formidable expansión de los mercados, con su inmediato impacto en la producción y en el bienestar, mientras funcionó, durante un siglo el patrón oro, aunque por supuesto con serios problemas y, derivado de ellos, con avances y retrocesos.

Por eso no puede extrañar que el belga Robert Triffin, ya en 1958, estableciese, con sus ideas sobre la integración monetaria, las primeras bases para un sistema monetario europeo, con una Autoridad Monetaria Europea semejante al Sistema de la Reserva Federal y con unas monedas comunitarias, las UCE, o Unidades de Cuenta Europeas.

Estas ideas chocaron con la que podríamos denominar tesis de Jacques Rueff-de Gaulle, orientada hacia una reaparición del patrón oro. Para impulsar las ideas de unión monetaria, en 1970 se publicó el Plan Werner. Todo esto se complicó con la crisis del Fondo Monetario Internacional, a causa de la ruptura de la convertibilidad oro-dólar por el presidente Nixon, el 15 de agosto de 1971. Como señala el profesor Tamames en su *Unión Monetaria y Euro: la recta final*<sup>11</sup>, en plena flotación de monedas, desde 1972, «las aspiraciones europeas se constriñeron a un objetivo bien modesto: vincular entre sí los signos monetarios de los países de la CEE, con márgenes limitados de fluctuación conjunta frente al dólar. En representación diagramática —de cotizaciones máximas y mínimas día a día— ese propósito ofrecía una imagen que en la jerga internacional acabó recibiendo el nombre de «serpiente monetaria», o «serpiente dentro del túnel», definiéndose éste por las dos líneas de la banda, el «techo» y el «suelo». Esa creación de 1972 tuvo corta vida». En 1974 la abandonó el franco francés, y todo quedó reducido al marco alemán, al florín, a los francos belga y luxemburgués y a algunas monedas escandinavas. Con la crisis de la guerra del Yom Kippur todo esto se liquidó.

Helmut Schmidt y Valery Giscard d'Estaing, con el flanqueo entusiasta de Roy Jenkins y el impulso último de François Xavier Ortoli, construyeron desde 1977 a 1979 el Sistema Monetario Europeo (SME). Su centro debería ser la moneda cesta, el «ECU» (European Currency Unit), que pronto tuvo un notable peso en los mercados financieros, aunque en el SME el punto esencial de apoyo fue el marco alemán, hasta el punto de convertirse el Sistema, en realidad, en un «patrón marco alemán».



Las turbulencias monetarias dentro del SME, que transcurren de 1993 a 1995 y que estuvieron a punto de dar al traste con él, se liquidaron gracias a una ampliación de la banda de fluctuación y a la creación de un núcleo duro, pues en diciembre de 1991 habían tenido lugar el Acuerdo de Maastricht, precedido por el Informe Delors, de 13 de abril de 1989.

En Maastricht se pretendía, como subrayó Marcelino Oreja Aguirre, por una parte acelerar la marcha hacia la definitiva unión aduanera, pero, además, vincular políticamente con más fuerza a los Estados de la Unión Europea, pues de otro modo iba a resultar difícil resistir las consecuencias de la nueva política norteamericana, una vez que ésta hubo alcanzado, en 1989, el triunfo absoluto en la Guerra Fría y, finalmente, establecer, para fomentar los vínculos en un gran mercado europeo, una unión económica y monetaria —la UEM— en tres etapas. Debería comenzar a culminar la tercera de ellas en 1997 y se escogerían definitivamente sus miembros el 1 de mayo de 1998.

En aquellos momentos, al contemplar las condiciones del Tratado y las diversas realidades nacionales, se pensó que esa tercera etapa se iniciaría con un núcleo centroeuropeo presidido férreamente por Alemania y Francia. Sin embargo, tres naciones mediterráneas —Portugal, España e Italia— se esforzaron en hacer bien sus deberes, mientras que Dinamarca y el Reino Unido señalaban su carencia de interés por el proyecto, al menos de momento, y dos más —Suecia y Grecia— no cumplieron las condiciones estipuladas en Maastricht, aparte de no interesarle a Suecia el ingreso.

Pero estas condiciones se van a ampliar, tanto como consecuencia del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, como del Tratado de Amsterdam, el cual intenta reorganizar toda la copiosa legislación comunitaria sobre estas cuestiones, así como orientar la nueva situación de la UE con el desarrollo que se acabe derivando de la Agenda 2.000 aun en pleno debate, sin olvidar lo mucho que va a significar la propia acción del Banco Central Europeo (BCE) que, con su peso formidable, comenzará a funcionar de inmediato. De momento, sobre todo tras la sustitución de Lamfalussy por Duisenberg al frente del Instituto Monetario Europeo, que constituye la plataforma de lanzamiento del BCE, el modelo parece ser el duro y rígido del Bundesbank.

Éste es el ambiente en el que hay que participar y en él Europa —y a su cabeza, los «once» entre los que se encuentra España— se va a jugar su futuro.

Como dice Marcelino Oreja Aguirre en el «*Post-Scriptum*» a esa obra espléndida y monumental que es *El Tratado de Amsterdam*



*de la Unión Europea. Análisis y comentarios*, dirigida por él y coordinada por Francisco Fonseca Morillo, «Europa no es una opción entre otras (¿se ha parado alguien a pensar en las alternativas posibles?), ni un puro ideal, ni tampoco un modelo más o menos perfeccionado de integración económica. Hay que ser conscientes de que Europa es una componente esencial y necesaria de la política de todos y cada uno de sus Estados. La construcción europea es un factor necesario que conviene explotar en todo su potencial, sin refugiarse en una concepción decimonónica de la soberanía que no se corresponde con la realidad»<sup>12</sup>.

Todo esto se llevó adelante gracias a la energía extraordinaria del canciller Kohl. Concretamente, sin él las reuniones del Tratado de Amsterdam hubieran concluido en un pandemonium. Supuso algo mucho más importante que lo que, para Cateau-Cambrésis significó la duquesa de Lorena, Cristina. Fue una mezcla de ésta, de Granvela y de Felipe II, pero con un poder personal infinitamente más débil que el de este monarca. Pero todo no ha concluido ahí. Por una parte es clara la rivalidad económica norteamericana, manifestada en todos los ámbitos, desde las presiones sobre la PAC desde la OMC a la fuerte campaña académica de reservas ante el euro. No se pueden olvidar las turbulencias engendradas en Japón y en los mercados emergentes asiáticos. Gran Bretaña vuelve a manifestar, de modo reiterado, su insolidaridad. Francia alza sus intereses nacionales y otro tanto, en su expansión hacia el Este, hace Alemania. La población de la UE, muy envejecida, no vibra con grandes planteamientos de futuro. Las tensiones religiosas del siglo XVI son ahora las tensiones sociales, sobre todo centradas en torno a la crisis del Estado del Bienestar y al alto número de parados. Asimismo, de nuevo, en el Mediterráneo se observa con recelo la aparición de crecientes zonas de riesgo, unidas a un auge del fundamentalismo islámico dentro de la dinámica que expuso en la Edad Media Aben Jaldún.

Todo parecía atado y bien atado en la paz de Cateau-Cambrésis; todo parece atado y bien atado ahora, en la Unión Europea. Siempre nos ha de escalofriar a los humanos aquel texto de Herodoto en el que Solón responde a Cresos cuando éste le pregunta si ha encontrado alguna vez a un hombre —o a una situación humana— feliz: «Amigo Cresos, me preguntas por la suerte de los humanos. Ahora bien, yo sé que la divinidad siempre está celosa de su felicidad y que goza trastornando su vida». Porque no podemos olvidar que cuando los Titanes creían que estaban al borde del Olimpo con sus orgullosas construcciones, Júpiter los arrojó al abismo. En Cateau-Cambrésis sabemos que así precisamente fue lo que ocurrió.



### Notas

<sup>1</sup> En *Antecedentes para la inteligencia de la Cuestión de Oriente*, tomo III de las *Obras* de Juan DONOSO CORTÉS, preparadas por Manuel DONOSO CORTÉS y Juan Manuel ORTÍ LARA, pág. 631.

<sup>2</sup> Cfs. *España en tiempo de Felipe II (1556-1598)*, tomo XIX de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Espasa-Calpe, Madrid, 1958, vol. I, págs. 461-462.

<sup>3</sup> Se trata de Luis CABRERA DE CÓRDOBA, quien escribió una obra muy importante, *Historia de Felipe II, rey de España*, Madrid, 1619 y 1877, porque la segunda parte tuvo que esperar tanto porque se negaba Cabrera a hacer la más mínima corrección, que en este caso se intentó forzar por parte de los diputados de Aragón en relación con el asunto de Antonio Pérez, donde resultaban malparados. Alonso Zamora, en la voz *Cabrera de Córdoba, Luis*, del *Diccionario de Literatura Española*, 2ª edición, Revista de Occidente, Madrid, 1953, págs. 107-108, dirá que «Cabrera es exactísimo. Fanático de la verdad y de la cronología, y de amplio gesto de historiador». Su padre, Juan Cabrera de Córdoba, había sido testigo directo de la victoria de San Quintín.

<sup>4</sup> Supongo que fuesen las barras de plata y algunas complementarias de oro, porque la mayoría de los envíos de las Indias eran del beneficio de las minas de plata de los virreinos de México y Perú; cfs., por ejemplo, Fernando SERRANO MANJÓN, *Vellón y metales preciosos en la Corte del Rey de España (1618-1668)*. Banco de España, Madrid, 1996. Naturalmente, Henry Kamen cuando se refiere a estas penurias habla de «la plata de América», sin, como es lógico, citar siquiera al oro; cfs. Henry KAMEN, *Felipe de España*, traducción de Patricia Escandón, 8ª edición, Siglo Veintiuno, Madrid, 1998, pág. 90.

<sup>5</sup> La cita que sigue está mejor traducida que en ninguna otra versión al español de la obra de Smith, en la de Amando Lázaro Ros. Aguilar, Madrid, 1956, pág. 369; esto no quiere decir que en otras ocasiones no sea preferible la de José Alonso Ortiz, la de Carlos Rodríguez Braun, o la del Fondo de Cultura Económica.

<sup>6</sup> Una excelente síntesis de este proceso de 1948 a 1998 en el artículo *Fifty years on*, en *The Economist*, 16 mayo 1998, vol. 347, nº 8.068, págs. 19-23.

<sup>7</sup> El punto de vista fundamental de Allyn YOUNG se encuentra en su artículo ya clásico *Increasing returns and economic progress*, en *The Economic Journal*, 1928, vol. XXXVIII, págs. 527-542. El párrafo que cito lo tomo, sin embargo, del artículo, también de Allyn YOUNG, *Capital*, publicado en *The Encyclopaedia Britannica*, 14ª edición, London, 1929, vol. 4, pág. 796.

<sup>8</sup> Cfs. Gunnar MYRDAL, *An american dilemma: The negro problem and modern democracy*. Harper, New York, 1944. Las raíces en Knut WICKSELL se encuentran en el ensayo de éste *Geldzins und Güterpreise bestimmenden Ursachen*, G. Fischer, Jena, 1898, habitualmente manejada por su versión al inglés efectuada por R.F. KAHN, bajo el título de *Interest and prices. A study of the causes regulating the value of money*. Macmillan, London, 1936.

<sup>9</sup> Ob. cit., pág. 75.

<sup>10</sup> Del periodo que transcurre desde la aparición de la CECA y el Tratado de Roma, con sus preliminares, al Tratado de Maastricht me he ocupado numerosas veces; las últimas en *El horizonte económico de Europa*, en el libro coordinado por Vicente PALACIO ATARD, *Europa hoy*. Ediciones Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1994,



págs. 187-232 y de modo más sintético en *Hacia la creación de una gran potencia económica: la CE* en el volumen de la Sociedad de Estudios Internacionales, *Jornadas informativas sobre temas internacionales*. Edicepsa, Madrid, 1993, págs. 75-87, y de manera más actualizada, en «El nacimiento de una gran potencia», en *ABC*, 27 de abril 1998, número especial *El amanecer del euro*, págs. 57-61.

<sup>11</sup> Espasa, 1996.

<sup>12</sup> McGraw-Hill Interamericana de España, Aravaca, 1998, pág. 822. Marcelino OREJA AGUIRRE nos explicó excelentemente por qué la CEE, ante el alud de novedades que se sucedieron, positivas y negativas, a finales de los años ochenta, decidió en diciembre de 1990 convocar dos conferencias intergubernamentales, las cuales confluyeron y concluyeron en diciembre de 1991, para constituir la base del Tratado de Maastricht, en su ensayo *El nuevo mapa político de la Europa comunitaria*, en el volumen *Europa, un orden jurídico para un fin político*, Veintiuno, Madrid, 1992.